»volucion mucho mayor, mucho mas solemne y que será »la última..... Perezcan si es preciso todas las artes con »tal que nos quede la *igualdad real.*»

Y desde entonces lanzóse al porvenir la cuestion social; esta revolucion debia emplear cierto tiempo en producirse. Hija de la negacion del gran Hierarca que ha constituido la humanidad así como todas las cosas, en un plan graduado donde constituye la verdadera igualdad social la correlacion de los papeles y de los rangos con las desigualdades naturales, la Revolucion destruia este plan en su autor, Dios; en su razon de ser, la naturaleza, y en su causa final, la sociedad. Destruíalo creando las mas monstruosas desigualdades, las que resultaban de la igualdad *real* aplicadas á las desigualdades naturales, en lugar de la igualdad *proporcional* y *relativa* que reclaman estas.

Eran estas asimismo desigualdades, pero tan solo por la inversa que las otras, á favor del inferior con respecto al superior, y finalmente para la ruina de todos.

Para justificar esto era necesario que la Revolucion, no solamente prescindiese de Dios, autor de la naturaleza social, sino que atacase la naturaleza social misma; que negase en el hombre todo cuanto constituye sus desigualdades naturales, el sexo, la paternidad, la edad, la aptitud, el mérito, la fuerza, el carácter, etc., en una palabra, su manera de ser, ó modalidades, por solo las cuales se agregan los hombres y sin las cuales se desunen. Esto era pues, el aniquilamiento inmediato de la sociedad en el hombre mismo. Así, la Revolucion retrocedió ante su propio principio, y no realizó desde luego mas que la destruccion de la soberanía, de la nobleza,

del clero, en una palabra, de las grandes autoridades sociales, siendo así que el país solo pedia su reforma.

Esto solo fué, en sí, un gran mal; porque es lo que posteriormente nos ha entregado al cesarismo y á la demagogia. Nosotros no hemos tenido ya espíritu nacional ni espíritu público, y menos todavía libertad. Con la aristocracia y el clero han desaparecido los verdaderos cuerpos á la vez constituyentes y resistentes, como lo son todavía en Inglaterra. El poder, aislado, ha llegado á ser, al mismo tiempo, mas caduco y mas tiránico, y reducida la sociedad á un cúmulo de intereses individuales sin tradiciones y sin raices, no ha tenido nada grande, firme, noble y altivo que oponer al despotismo de los Césares y al soplo de las revoluciones, asi como tampoco á los desastres de la patria (1).

(1) Hé aquí, acerca de esta verdad, un testimonio, bien notable, y que no es sospechoso, ni en su autor, ni en su historiador: «Cuando la campaña de Francia, dice el general Foy, en su *Historia* de la Península, t. I, p. 169, en los primeros meses de 1814, Napoleon hablaba en Troyes con uno de sus generales, sobre el estado de los asuntos públicos.» Los enemigos, decia este, son demasiado numerosos; nosotros no podemos llegar á buen término con nuestros soldados que caen diariamente y no son reemplazados. Es preciso que la Francia se levante.— ¡Eh! como quereis que la Francia se levante, interrumpió con viveza Napoleon; no hay clero, no hay nobleza y yo he matado la libertad.» —Tal es la palabra de la verdad, escapándose á través de las ruinas de cuanto se ha querido edificar sin ella y contra ella.

Este arranque coincide notablemente con esta reflexion de Tocqueville: «Siempre habrá que lamentar, que en vez de doblegar la nobleza al imperio de las leyes, se la haya abatido y desarraigado. Obrando así, se ha quitado á la nacion una parte necesaria de su sustancia y se ha inferido á la libertad una herida de que no se curará jamás. Una clase que ha caminado durante muchos siglos en primera línea, ha contraido en este largo uso incontestado de la grandeza, cierta altivez de corazon, una confianza natural en sus fuerzas, un hábito de que se la

Yo no hago mas que decir lo que hay, sin soñar con lo irreparable. Deduzco de aquí argumentos únicamente para preservar los elementos sociales y conservadores que nos restan del mismo principio que ha atropellado á los antiguos.

Este fatal principio no debia en efecto, detenerse aquí, en la capa superior.

El estado llano, capa intermedia entre el pueblo y la nobleza, se aprovechó de esto: pero fué muy ciego no viendo que solo era un martillo en mános de la Revolucion, y que haciéndose aristócrata relativamente á las clases inferiores, á medida que la clase superior caia á sus golpes, él heredaba su propio odio contra esta, y se esponia á los golpes futuros de la demagogia, teniendo menos peso para resistir á ella.

Esta aristocracia de la industria y de la fortuna no necesitó para esto mas que sesenta años, siendo así, que la de la nobleza necesitó mas de seis siglos; y aun

mire y considere, que hace de ella el punto mas resistente del cuerpo social. Porque no solamente tiene costumbres viriles, sino que acrecienta con su ejemplo, la virilidad de las otras clases. Estirpándola, se enerva hasta á sus mismos enemigos. Nada podria reemplazarla completamente; ella misma no podria nunca renacer; puede volver á encontrar sus títulos y bienes, *pero no el alma de sus padres.» El antiguo Régimen y la Revolucion*, p. 193. Si el dolor de asistir á nuestros desastres no se le hubiera evitado á Tocqueville, no dudo que hubiera reducido mucho este último rasgo ante el heroismo de ese resto de nuestra nobleza que ha sacrificado *títulos y bienes* para hacer que el enemigo volviera á ver el *alma de sus padres*.—En cuanto al clero, puede hacerse referencia á la admiracion del príncipe Federico que le vió de mas cerca que sus detractores. Y Tocqueville no lo hubiera desconocido; él que ha escrito tan lealmente: «He comenzado el estudio de la antigua sociedad lleno de preocupaciones contra el clero, y lo he concluido, lleno de respeto hacia él. (pág. 198.)

estos sesenta años llenos de ambigüedades, de ardides, cebos, de falsas fugas, capitulaciones y revoluciones ante el oleaje de la revolucion social que bramaba y se encrespaba de contínuo.

En el dia esta se presenta al descubierto, autorizada y terrible de muy distinto modo que la primer revolucion su *precursora*; mas autorizada, porque tiene en su favor los principios mismos á que se acoge; mas terrible, porque pone á la sociedad esta vez entre la *igualdad real* ó la *muerte*, no dejándola sino la eleccion de la manera de destruir. La Commune de 1871 es el fruto legítimo de esa furia que se agitaba ya en el seno de la Commune de 1793, y cuyo radicalismo realiza en el dia en nosotros, lo que espresaba este grito de su madre: «Perezcan si es preciso todas las artes con tal que nos quede la igualdad real.»

Toda la sociedad se halla impregnada, en cierto modo, en el dia de esa esencia inflamable con que ha incendiado la mano de la Commune nuestros monumentos nacionales; y no en vano el oráculo del Vaticano ha lanzado este grito de alarma: «Si se les deja obrar, arderá la Europa, y se realizará el Infierno en la tierra; y tendremos el Imperio del fuego.»

¿Qué represion oponer á un oleaje que viene de tan lejos y que jamás ha retrocedido sino para reunir sus fuerzas? la política del estado llano ó cesariana que ha desbaratado ó comprimido hasta aquí á la revolucion! ¡Qué ignorancia seria creerlo! Esta política ha gastado todas sus formas, y apurado todos sus papeles. Ha llegado á perder toda proporcion con el mal social; ella misma es este mal, en su principio, desbordado por su suprema

consecuencia. No se hará volver á entrar á la Revolucion en sus envolturas mas y mas ensanchadas pero definitivamente rotas. No se volverá á rehacer la sociedad por los procedimientos ya gastados y los antiguos ardides de los gobiernos que la han conducido á este estado. Si hay gobiernos de *antiguo régimen* en el dia, son aquellos. Para convencernos de esto, basta observar que tales gobiernos solo han desbaratado y comprimido la Revolucion en apariencia; puesto que la han servido y seguido contemporizando con sus transiciones y sus progresos. La Revolucion es la que se ha burlado de ellos levantándolos y volviendo á derribarlos, revistiéndolos debidamente y despojándolos, segun iba creciendo, pero sin volver nunca á echar mano de ellos. Hoy que los ha gastado á todos, mancillándolos, volverá á echar mano de ellos menos que nunca, antes mas bien se engrosará con sus restos.

No, para este mal social, que ha llegado á su mas elevado período, convendria un remedio del mismo órden, tambien social, y seria necesario que fuera á un tiempo mismo, de naturaleza para satisfacer á cuanto es legítimo, y de potestad para dominar todo cuanto es criminal. Deberia ser pues, en su consecuencia, un remedio suprasocial, enteramente puro del mal mismo y que jamás hubiera transigido con él.

Solo la Religion tiene este secreto y esta potestad; pero precisamente su imperio ha ido perdiendo todo cuanto ha ganado la cuestion social. Y esta es la segunda razon que hace á la *actual* situacion formidable.

La Religion, considerada en su crédito y en su accion sobre las masas, era blanco, desde hace mas de un

siglo, del espíritu de impiedad que formó á la Revolucion y que no ha cesado de animarla. Sin embargo, á pesar de los innumerables ataques de que ha sido objeto, era sobrado verdadera, demasiado grande, sobrado bienhechora para que fuese abatida de un golpe. Asi como el sol de la naturaleza, cuando desciende ó parece descender del horizonte á influjo de los vapores que anticipan su puesta, así el sol de la Fé dejó en pos de sí rayos, reflejos, ardientes y luminosas influencias con que quedó impregnada por largo tiempo la sociedad, y que han retardado la noche. Pero este crepúsculo ha ido extinguiéndose por sí mismo. La Religion objeto de los últimos ultrajes, ha perdido todo su imperio sobre las muchedumbres y la Revolucion vocifera sobre ella cánticos de muerte. Sin duda que la Revolucion se engaña en esto groseramente. No muere en verdad quien lleva consigo la vida. Cuando parece ponerse este mismo sol, se levanta, ó mas bien, se fija en la profundidad del cielo, de donde distribuye el calor y la vida á toda la naturaleza moral. Las generaciones y las naciones son las que, segun la sucesion de los tiempos y la diversidad de los lugares, surgen ó declinan á su luz, y recibiéndola ó rehusándola para tener la libertad de realizar sus destinos, se iluminan con sus claridades ó se sumergen en las tinieblas.

En este sentido es como la Religion ha perecido en la sociedad, ó mas bien la sociedad ha hecho perecer á la religion.

Y lo grave sobre todo es, que no habiendo sido repentina esta gran pérdida, y habiendo vivido la sociedad largo tiempo segun los principios morales y sociales que eran como los rayos prolongados de la fe, no se ha aper-

cibido de sus relaciones vitales sino cuando se ha consumado la estincion de esta en el espíritu público, y que la ignorancia y la desmoralizacion que de ella han heredado han hecho mas difícil su regreso.

El momento en que ha perdido la Religion su imperio coincide de esta suerte con aquel en que es mas necesaria que nunca; lo cual es su suprema demostracion.

La cuestion social, en efecto, no es otra cosa que la sociedad puesta en cuestion por la ruptura de lo que la *religa* á su principio. Háse querido separar el órden religioso y el órden social; ser libre de rehusarse al primero y de permanecer dueño del segundo. Háse reducido el hombre á vivir solamente de pan, y las sociedades de los hombres á vivir de bienes terrestres. Háse ido de esta suerte á chocar contra la invencible naturaleza que proclama en el dia, por nuestra suerte, que la relacion entre la vida superior y la vida inferior es tal, que no puede atacarse á aquella sin que se resienta esta profundamente, y que las sociedades se abisman el dia en que el cielo no forma contrapeso á la tierra.

La Revolucion aparece claramente en su último resultado lo que ha sido siempre en su fondo; una cuestion religiosa que se resuelve negativamente por medio de la cuestion social.

Estas dos cuestiones han parecido hallarse distantes, en cuanto sus soluciones no han dado todo el resultado que era de esperar, pero su mutuo progreso las ha ido aproximando poco á poco, y en el dia se hallan unidas hasta ser análogas y casi idénticas. El ciclo revolucionario se halla cerrado, la cabeza muerde á la cola y el ateismo vomita la muerte.

Y este es el punto en que nos encontramos. Es la disolucion social, donde cada uno quiere sacar su parte, y mas aun, poner la mano sobre la de los demás; á la manera que al morir un padre comun, se disputan hijos desnaturalizados los restos de la antigua herencia cuyo hogar los reunia.

Es la descomposicion, por la audacia de los malos y por la abstencion de los buenos. Ofrecemos el fenómeno de todo lo que termina. Todo nos precipita, y nada nos retiene. Solamente el mal tiene vigor y se abandona el bien. Sucede aqui como en esa region funesta de que habla el cantor del *Paraiso perdido*, donde toda muerte vive y toda vida muere (1). Y sobre nosotros recaen tambien aquellas palabras: «El demonio se une al demonio en firme concordia; solo los hombres no pueden entenderse, aunque tienen á Dios por ellos.» (2)

Y este es, en efecto, el signo mas desconsolador. Cuando las gentes probas tienen á Dios en su favor, y la cuestion que se agita no es la cuestion social sino porque es en primer término la cuestion divina, temen afirmar á Dios y no lo ponen á su cabeza ó lo dejan aparte, para fiarse de una política que está en acecho en pró de la Revolucion, ó lo subordinan y combinan ellos mismos sacrílegamente con ponzoñas revolucionarias que hacen mas activas de esta suerte.

No comprenden la gravedad de una situacion que no sufre mas prórogas ni medios términos, y que se burla y hace presa de todos los que no toman resueltamente su contrapié. En el punto en que nos encontra-

(1) *Paraiso perdido* lib. II.
(2) *Ibid ibid.*

mos, y con el avance formidable que ha hecho el mal sobre el bien, no es posible ya detenerse en la medianía. La consecuencia de los malos principios que se aceptan, se deducen en poco tiempo, puesto que provienen de ellos por sí mismas y á pesar nuestro: Los partidos degeneran rápidamente los unos en los otros y se descomponen hasta el último residuo social. Segun la imágen de un profeta; «lo que dejó la oruga se lo comió la langosta, y lo que dejó la langosta se lo comió el pulgon, y lo que dejó el pulgon se lo comió el añublo (1).»

En una palabra, esto se parece al fin, y podría casi dirigir á nuestra desdichada sociedad estas palabras de San Pedro á Safira: *Los pies de los que deben sepultarse están ya á tu puerta.*

El mundo social no flota ya en su elemento, en lo *divino*, que es la vida de todas las cosas, de la humanidad asi como de la naturaleza, y del que se ha dicho tan perfectamente: *In eo vivimus, movemur et sumus.* Si la naturaleza pudiese prescindir del él por un solo instante, volveria á entrar subitamente en el caos. Las naciones pueden prescindir; pero no menos impunemente; ¡Tengamos cuidado de no quedarnos encallados en las playas bárbaras y desoladas donde yacen los pueblos que han vivido!

La época es solemne entre todas, desde aquella en que el cristianismo vino á iluminar esas razas paganas que estaban *sentadas en la region de la sombra de la muerte.* El mundo moderno fue entonces sustituido al mundo antiguo. Razas bárbaras suavizadas por la irre-

(1) Profecia de Joel; I, 4.

sistible dulzura del Evangelio, recibieron, para los pueblos que iban á salir de ellas, el bautismo de la civilizacion, y vióse desde entonces *vivir el lobo con el cordero, dormir el leopardo cerca del cabritillo, permanecer juntos el leon y la oveja, y conducirlos á todos un niño* (1). Diez y siete siglos de progresos sucesivos sacaron al mundo de la duple noche del paganismo y de la barbarie por entre las rebeliones y los furores del error y del mal que amenazaban volverle á sumir en ellas. Veinte veces estuvieron espuestos á romperse los vínculos sociales. Un vínculo superior y comun los retuvo, y los estrechó otras tantas veces perfeccionando su trama. No obstante el gran golpe que dió la heregía á la autoridad católica de este vínculo, subsistia este y se fortalecía; y hasta contenia á la heregía misma: el Evangelio era la ley del mundo, y las diversas naciones de Europa componian entre sí esa gran *República cristiana*, que vivia bajo esa ley de Cristo que dominaba todas sus divisiones, dejándose penetrar de un espíritu de reconciliacion, que iba á formar con ellas, *un solo rebaño con un solo pastor*, y, sin repudiar sus antiguas glorias, caminando hácia nuevos progresos.

El mal, eternamente celoso del bien, cuyo peso constituye su suplicio, hizo entonces un esfuerzo supremo para sublevarse y rechazarlo. La Revolucion moral y filosófica en un principio, despues política y en el dia social, es al parecer su triunfo. Es una reaccion de falsedad, de locura, de blasfemia y de destruccion contra diez y ocho siglos de trabajo y de progresos civilizado-

(1) Isaias, XI, 6.

res, que nos han arrojado en el paganismo, y mas allá del paganismo, en la barbarie de la descomposicion, peor aun que la de la fórmacion.

La esperiencia ha llegado á su colmo. Hase agotado la sustancia social. No somos ya un pueblo; y cuando digo somos, debe entenderse en distintos sentidos que respecto de los demás pueblos, porque la cabeza dirige al cuerpo, y lo que se habia atacado es el mundo entero y el órden social europeo.

¿Qué acontecerá, pues? La suerte del mundo moderno se está pesando actualmente en la balanza. ¿Ha llegado acaso el fin del mundo? ¿Son estos tiempos nuevos?

Hé dicho las razones que hay para temer. Ahora voy á sondear las razones que hay para esperar.

CAPITULO III.

RAZONES PARA ESPERAR.

De todas estas razones para temer, fórmase una general y dominante en el dia, que haria vanas las mejores razones de esperar, por una especie de escepcion previa contra su adopcion.

Tal es el desaliento y la falta de esperanza, que se advierten.

Recorriendo el Libro donde se hallan trazados en un pueblo los sentimientos, la conducta y los destinos de los demás pueblos, he encontrado en él una palabra que oprime el corazon por su analogía con la situacion presente.

«¿Por ventura oh casa de Israel dice el Señor, por boca de su profeta, no podré hacer yo con vosotros lo que el alfarero ha hecho con su barro? Sabed que lo que es barro en manos del alfarero, eso sois vosotros en mi mano, ¡oh! casa de Israel.—Cuando haya pronunciado mi sentencia contra una nacion para arrancarla y aniquilarla, si esta nacion hace penitencia de sus pecados por los cuales pronuncié el decreto contra ella, yo tambien me arrepentiré del mal que pensé hacerla.»